

XIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1 R 19, 16.19-21; Sal 15; Ga 5, 1. 13-18; Lc 9, 51-62

Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén. Envío, pues, mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada; pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: "Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?" Pero volviéndose les reprendió, y se fueron a otro pueblo. Mientras iban caminando, uno le dijo: "Te seguiré adondequiera que vayas." Jesús le dijo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza." A otro dijo: "Sígueme". El respondió: "Déjame ir primero a enterrar a mi padre." Le respondió: "Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios." También otro le dijo: "Te seguiré, Señor, pero déjame antes despedirme de los de mi casa." Le dijo Jesús: "Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios."

La semana pasada en el evangelio Jesús preguntaba sobre quién era Él: "...quién dicen que soy yo...", y esta pregunta nos ha preparado al evangelio de la presente semana, que remarca con fuerza la llamada de parte de Cristo a seguirle. Podemos adelantar algunas cuestiones al respecto: ¿se puede seguir a Aquél a quien no se conoce?, ¿el seguimiento que Cristo pide es un seguimiento que sólo implica la adhesión a una doctrina, como de lo normal entendían sus oyentes con respecto a las escuelas de discípulos de aquella época? Podríamos decir que: ¿la escasez de vocaciones de hoy día en la Iglesia será una consecuencia de este desconocimiento de la persona de Cristo y de quién es Él? Al respecto nos dice Benedicto XVI: «... La vocación cristiana brota de una propuesta de amor del Señor y puede realizarse solo gracias a una respuesta de amor: "Jesús invita a sus discípulos al don total de su vida, sin cálculo ni intereses humanos, con una confianza en Dios sin reservas. Los santos acogen esta invitación exigente, y se ponen con humilde docilidad tras las huellas de Cristo crucificado y resucitado. Su perfección, en la lógica de la fe a veces humanamente incomprensible, consiste en no ser el centro de sí mismos, sino en escoger el ir contracorriente viviendo según el Evangelio" (Benedicto XVI, Homilía con ocasión de las Canonizaciones, 12-13 octubre 2009).

La segunda lectura, nos habla de la libertad cristiana para la que "...Cristo nos ha liberado...", y no otra. No una libertad individualista, pues la libertad cristiana consiste en el servicio al prójimo: "...Sed esclavos unos de otros por amor...". Tampoco se trata del libertinaje, pues entre los deseos de la carne y la libertad que

nos da el Espíritu que nos guía hay una contradicción directa. La libertad de Cristo es hacer siempre la voluntad del Padre, y seguir a Jesús nos hace libres verdaderamente. La libertad a la que Cristo nos llama es su propia libertad, al respecto nos dice San Agustín: "...este pasaje de San Pablo podemos sintetizarlo con sus palabras dichas en otra carta: "...No hago lo que quiero sino lo que aborrezco..." (Sermón 30)

En el evangelio tres hombres se ofrecen a Jesús para seguirle. Al primero lo remite a su propio destino y ejemplo: Jesús ya no tiene casa propia. Ni siquiera la casa en la que ha crecido, la casa de su madre cuenta ya. No mira atrás. Es más pobre en esto que los animales, vive en una inseguridad total. No posee más que su misión. Y al comienzo del evangelio se dice a dónde conduce esta misión: a su ascensión, se dice literalmente: ¿a la cruz? ¿Al cielo? San Lucas deja abierta la cuestión. Es típico que no se le reciba en la aldea de Samaría donde quería alojarse. Por eso no es necesario mandar bajar fuego del cielo. Es normal que los suyos no lo reciban. Según San Agustín, este primer hombre sigue sus intereses pues cuando dice: te seguiré adonde vayas; se expresa con claridad el interés personal, por eso Cristo le responde: "...las zorras tienen guaridas... pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza..."; en otras palabras le hace presente que Él descansará en la cruz, que no es el interés de éste primer hombre (Sermón 100).

El segundo hombre quiere primero ir a enterrar a sus padres, y el Señor de la vida le contesta: "...deja que los muertos entierren a sus muertos..." Los muertos son los mortales que se entierran unos a otros; Jesús está por encima de la vida y de la muerte, muere y resucita "...para ser Señor de vivos y muertos..." (Rm 14,9).

Según San Agustín reflexionando sobre este segundo hombre dice: "...este es un judío piadoso que quiere cumplir el mandamiento....", pero Cristo le invita a poner en primer lugar a Dios mismo, porque en el seguimiento ante la llamada de Dios no se antepone el amor de los padres; por eso la respuesta de Cristo: "...deja que los muertos entierren a sus muertos..."; porque el anuncio del Reino de los Cielos es tan imprescindible que hará salir a los muertos de sus sepulcros (Ibid. 100).

El tercer hombre quiere despedirse de su familia. Aquí Jesús va más lejos que Elías. Para la llamada a seguir a Jesús de un modo radical no hay componenda que valga entre familia y decisión por el reino. La decisión exigida es indivisible e inmediata. A partir de su norma se regulará la relación con la familia y con los demás hombres. Con respecto al tercer hombre San Agustín nos dice: "...te llamó a seguir hacia el oriente y tú te quedas mirando hacia el occidente". Por eso que este pasaje San Agustín lo compara con el pasaje de la mujer de Lot que volteó a mirar la ciudad de Sodoma y Gomorra y se convirtió en estatua de sal (Gen 19, 26)

El llamado al seguimiento aparece como un modelo muy radical, el profeta Elías echa su manto sobre Eliseo, mientras éste ara con su yunta, para significar que lo ha elegido para ser su discípulo. Elías acepta que Eliseo vaya a despedirse de sus

padres, y el gesto de sacrificar a los bueyes de su yunta para invitar a comer a su gente muestra que Eliseo ha decidido ponerse al servicio del profeta. "...Luego se levantó, marchó tras Elías y se puso a sus órdenes..." No se trata de un servicio puramente humano, sino que al ser Elías un hombre de Dios, es ya un servicio a Dios. Este texto va muy en consonancia con el evangelio y la segunda lectura, porque solo en una libertad verdadera se puede escuchar la llamada a seguir a Cristo.

Tanto la primera lectura como el evangelio están referidas a todo fiel cristiano, pues la vida del fiel cristiano no sólo se debe reducir al culto a Dios, pues este culto al Dios único y a la persona de Cristo se concretiza cada día a través de vivir nuestra vocación como una misión. En este sentido como la vida de Cristo tiene toda su razón de ser en cuanto llevar a cumplimiento las promesas del Padre, así también la vida de todo creyente a semejanza a la de Cristo y está llamada a realizarse en una vocación específica. Todos los fieles cristianos estamos llamados a la santidad, y esta vida de santidad a la cual estamos llamados se va a concretizar en nuestra vida a través de una vocación específica: la vida esponsal o consagrada (al presbiterado o la vida consagrada).

Las palabras de San Pablo cuando dice: "... no soy yo es Cristo el que vive en mí...", no sólo están referidas a los discípulos en el sentido de apóstoles, sino a todo aquel que por el bautismo y por la fe ha aceptado a Cristo como su Señor en su vida. Entonces, seguir a Cristo no es adherirse solo a una doctrina. Desde aquí entonces podemos iniciar el punto de partida para vivir con radicalidad nuestra vocación en la vida cristiana: vida conyugal-matrimonial; o la vida consagrada: obispo-sacerdote-diácono, y religiosos de vida consagrada. Pues desde la vocación a la cual Dios nos llama a vivir, así como Eliseo recibió el manto de parte de Elías, así cada uno de nosotros recibirá de parte de Dios por medio de Cristo a través del Espíritu Santo, las gracias necesarias para vivir plenamente la vocación a la cual Dios nos llame. Debemos decir que la vida cristiana no se vive simplemente en la buena voluntad del corazón del hombre, porque a través del bautismo hemos nacido a una vida nueva, y esta vida nueva se vive en la unión íntima con Cristo.

El Papa Benedicto XVI nos dice al respecto: «... permanecer fieles a la vocación cristiana y no conformarse a la mentalidad de este mundo. En vez de ello déjense siempre transformar y renovar por el Evangelio, para seguir lo que es verdaderamente bueno y agradable a Dios...» (Benedicto XVI; Ángelus, 29 de junio de 2009)

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar